

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

---

EL MANUSCRITO  
DE  
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES.

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

---

Entregas 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31 y 32.

---

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, núm. 14.

1872.

Cuaderno quinto de ocho entregas.

L47  
2221

CENTRO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

EL MANUSCRITO

# UNA MADRE

INDICACIONES PARA EL ESTUDIO

INDICACIONES PARA EL ESTUDIO DE LOS ALUMNOS

D. JUAN PABLO

Madrid, 1911

MADRID

LIBRERÍA DE LA UNIVERSIDAD

CALLE DE LAS FLORES, 10

1911

Quadrante quinto de este cuaderno

sele la botella de las manos y se quedó arrimada á la pared mas muerta que viva.

La buena mujer no se atrevia á moverse, tal era el pánico que se habia apoderado de su corazon; sin embargo, á pesar de su aturdimiento y su miedo, le pareció oír vocés confusas y luego un especie de lamento, uno de esos gemidos que hielan la sangre.

Despues reinó un silencio sepulcral, una quietud de muerte que oprimia el espíritu, embargaba las fuerzas y helaba la sangre.

Trascurrieron algunos segundos. El silencio era cada vez mas imponente, mas profundo.

—¡Dios mio! ¿por qué tiemblo de este modo?—se preguntó Teresa;—el tiro ha sonado en el despacho de mi amo, es preciso saber lo que sucede.

Y haciendo la señal de la cruz sobre la frente, signo de redencion que reanimó al acobardado espíritu de la pobre mujer, comenzó de nuevo á bajar precipitadamente la escalera.

Cuando llegó delante de la puerta, llamó muy bajito al principio, un poco mas fuerte despues, y por último con todas sus fuerzas.

Nadie le contestó, y este silencio inesplicable, esta quietud mortal la sobresaltó sobremanera, porque el doctor tenia el sueño ligero, y además la detonacion del arma de fuego habia sido muy suficiente para despertar al hombre de mas pesado sueño.

Viendo que no le abrian, empujó con resolucion la puerta y entró en el despacho del médico.

La luz del quinqué ardia sobre la mesa. Al principio la buena Teresa no vió nada, pero no tardó mucho en apercibirse de que el médico estaba tendido á lo largo en el suelo, cerca de la mesa.

—¡Virgen Santísima!—esclamó,—¿se habrá puesto malo?

Y corrió donde se hallaba el doctor.

Entonces no pudo contener un grito de espanto, de terror, viendo á su pobre amo con el rostro y el pecho cubierto de sangre.

—¡Pero, Dios mio! ¡Dios mio! ¿Qué ha pasado aquí?

Y arrodillándose junto al cuerpo del doctor, añadió:

—¡Señor don Samuel! ¡Señor don Samuel! ¡Estará muerto! ¡Muerto! ¡Pícaros! ¡Tunantes! ¡Qué daño os habia hecho un hombre mas bueno que el pan!

Teresa continuó apostrofando á los asesinos é invocando al mismo tiempo á todos los santos de la corte celestial; pero convencida de que esto no salvaria á su amo, comenzó á pedir socorro con todas las fuerzas de sus pulmones.

Pero ¡ay! la casa del doctor Samuel se hallaba situada fuera del pueblo, y en aquellas horas de la noche no era fácil que nadie oyese los gritos de la pobre y desconsolada Teresa.

Entonces tomó una resolucion y se dijo:

—Tal vez aun esté vivo; es preciso que venga el cirujano, que le preste sus auxilios, que le salve; un hombre tan bueno como el doctor Samuel no debe morirse nunca.

Y sin ocuparse ni del frío ni de la oscuridad de la noche salió de casa precipitadamente, medio desnuda, sin ponerse el manton, que se le había caído, y tomó á la carrera el camino del pueblo.

El cirujano vivía en la plaza, era un verdadero tipo; hombre flaco, alto, siempre tarareando un aire nacional y frotándose las manos, fumador incansable y amigo de hacerle un cumplimiento á su misma sombra.

Teresa no cesó de correr hasta llegar á casa del cirujano, llamó, le abrieron, y sin dar las buenas noches, preguntó precipitadamente:

—¿Dónde está don Prudencio?

La mujer del cirujano comprendió en el semblante de Teresa, por lo descompuesto y agitado, que algo grave sucedía, así es que le preguntó:

—Pero, ¿qué ocurre, señora Teresa?

—Ha sucedido una gran desgracia: mi pobre amo el señor don Samuel, acabo de encontrarle tendido en medio de su despacho, cubierto de sangre, y yo no sé si está muerto ó vivo.

Desgraciadamente el cirujano no estaba en su casa. Gran aficionado á la escopeta, se había ido á tomar café con unos cazadores de Madrid que se hallaban hospedados en casa del boticario.

Teresa corrió á la botica, que afortunadamente se hallaba en la plaza, y no fué poca suerte para el desgraciado Samuel, pues en vez del cirujano á quien buscaba, se encontró con el doctor Mendez, célebre médico de Madrid, que al saber la desgracia que ocurría, se de-

jó el café y la conversacion, y seguido del boticario y del cirujano, se dirigió precipitadamente á casa de la víctima.

El doctor Samuel permanecia inmóvil y tendido sobre el pavimento del despacho.

—¡Habré llegado tarde!—dijo Mendez con acento conmovido.

Y desabrochando el chaleco de Samuel, le puso la mano sobre el corazon.

—Aun late, aun queda vida,—añadió.

Y levantando la voz, volvió á decir:

—Inmediatamente una jofaina con agua tibia, una luz y una toalla, es preciso salvar á este hombre.

El doctor Mendez se quitó el gaban y comenzó á disponerlo todo con una actividad, con un interés admirable.

Se lavó la sangre al herido, se le llevó á la cama y entonces pudo reconocer la herida.

—Esto es grave, ¡oh! sí, muy grave,—dijo en voz baja Mendez:—la bala le ha entrado por la parte alta del coronal, contorneando el cráneo; estas heridas son muy caprichosas, á veces ofrecen nuevos fenómenos á la ciencia; ¡quién sabe! ¡quién sabe! Sin embargo, esto es muy grave.

Y volviéndose bruscamente hácia donde estaba el boticario, le dijo:

—¿Tiene usted en su casa sanguijuelas?

—Sí, señor,—contestó el boticario.

—Pues bien, inmediatamente traiga usted todas las que tenga.

Y luego, dirigiéndole la palabra al cirujano, añadió:

—¿Trae usted las lancetas?

—No dejo nunca el estuche,—contestó don Prudencio.

—¡Oh!—volvió á decir el doctor Mendez como hablando consigo mismo,—Dios quiera que la inflamacion se presente pronto, que no se retarde, que no venga traidoramente acompañada de una encefalitis fatal.

El doctor lo preparaba y disponia todo: mientras tanto el boticario corria á su casa en busca de las sanguijuelas, y el cirujano sacaba con cierto énfasis del bolsillo del pecho de su raído gaban un estuche comprado en el Rastro en el año de 1832.

—¡Ah!—esclamó el doctor Mendez.—Hé aquí un herido grave que me tiene las manos atadas; es un pobre viejo y no pueden aplicársele los grandes recursos de la ciencia; si fuera mas jóven, le abriria una vena del cuello: es el gran medio para evitar los efectos de la inflamacion; en estos casos soy partidario del sistema de los célebres cirujanos Paroe y Petit; es preciso sacar mucha sangre antes que la encefalitis se apodere del enfermo, porque la ciencia es casi siempre impotente para combatirla; pero en fin, haremos lo que se pueda, se le sangrará del brazo izquierdo y se le aplicarán diez sanguijuelas á cada sien. La debilidad en estos casos es la vida, es preciso que sangren lo menos veinticuatro horas, la evacuacion abundante es muy provechosa en estos casos. Tal vez dentro de breves momentos comenzará una reaccion espantosa y entonces tendremos necesidad de todos los recursos enérgicos que acabo de indicar.

Cuando regresó el boticario, el doctor Mendez, despues de lavar cuidadosamente la herida, la cubrió con un vendaje, procediendo con la precision y destreza de un consumado operador.

El herido, mientras tanto, continuaba inmóvil, rígido como un cadáver, su pulso era débil, los latidos de su corazon apagados, su respiracion pobre y fatigosa, se hallaba en uno de esos períodos de aplanamiento general en que la ciencia no se atreve á pronunciar su fallo.

Teresa, algo mas tranquila al saber que su amo existia, habia lavado la sangre del suelo, y sentada en un rincon de la sala, rezaba en voz baja, ocupándose en hacer hilas.

—Ahora, señores,—dijo el doctor Mendez saliendo de la alcoba y sentándose en una silla junto á la mesa,— demos tiempo al tiempo, nada podemos hacer, nuestra mision se reduce á esperar.

Y mirando la esfera de su reloj, añadió:

—Son las doce menos cuarto, tal vez dentro de dos horas se presentará la inflamacion, el pulso se hará mas fuerte, los latidos del corazon mas violentos, y el calor general nos anunciará la reaccion; cuando esto suceda, volverá á empezar para nosotros el trabajo, comenzarán las evacuaciones; solo me disgusta no haberle podido extraer la bala, que permanece enclavada en las paredes del cráneo; el proyectil es pequeño, pero no por esto dejará de molestar grandemente al enfermo.

## CAPÍTULO II.

## La curiosidad de la aldea.

El doctor Mendez sacó la petaca, dió un cigarro al boticario y otro al cirujano, y despues de encender el suyo, comenzó en voz baja el siguiente diálogo:

—La desgracia que acaba de suceder á nuestro amigo el doctor Samuel es tan estraña como inesplicable, porque yo supongo que no tendrá grandes enemigos en el pueblo.

—¡Enemigos!—esclamó el cirujano,—calle usted por Dios, señor Mendez, si aquí le queríamos todos con locura, con delirio.

—Sin embargo, ha habido una mano bastante infame que ha intentado darle la muerte.

—Sí, sí, eso es verdad, pero yo no acierto á explicarme cómo puede haber sucedido esto.

—Será preciso que demos parte á la autoridad local del pueblo,—añadió Mendez.

—Le parece á usted que vaya á buscar al alcalde?—preguntó el boticario.

—¿Este pueblo no será cabeza de partido?

—No, señor; el juzgado está en Guadalajara.

—Entonces se avisará al alcalde, para que éste á su vez oficie al juez lo que tenga por conveniente.

Y el doctor Mendez, dirigiéndole la palabra á la buena mujer, que solo se ocupaba de los santos y de las hilas, añadió:

—Señora Teresa, hágame usted el obsequio de acercarse.

El ama de gobierno del doctor Samuel dejó su silla y fué á colocarse junto á Mendez.

—Hasta ahora,—dijo el doctor Mendez,—como usted ha visto, solo nos hemos ocupado del herido; la vida de un hombre vale mucho, y es preciso no perder tiempo cuando se trata de salvarle, pero don Samuel nada necesita de la ciencia en estos momentos; muy en breve la autoridad vendrá á tomar parte en este asunto; usted, señora Teresa, en quien todos reconocemos una honradez y una bondad completa, se verá precisada á declarar lo que sepa de este infame conato de homicidio.

—¡Ah, mi buen señor!—esclamó verdaderamente compungida Teresa,—yo declararé la verdad, lo poco que sé, porque despues de todo bien puede decirse que yo no sé nada.

—¿Cómo supo usted que el doctor se hallaba herido?—preguntó Mendez.

—Ya iba á acostarme cuando ví sobre la mesa la botella de aguardiente anisado, y como el amo tiene la costumbre de tomar todas las noches té, me dije, voy á bajársela, no sea que la eche de menos, y efectivamente así lo hice.

La pobre Mónica lloraba, enjugábase con el extremo del delantal los ojos, y sus suspiros eran tantos y tan profundos, que le anudaban la voz en la garganta.

—Vamos, tranquilícese usted y tenga la bondad de continuar su relato.

—¡Ah! solo faltaba que despues del susto y de la pena que tengo, me llevara la justicia á la cárcel.

—Eso no sucederá: usted es inocente de toda culpa.

—Bien puede usted decirlo, señor, bien puede usted decirlo; pero ¿cómo es posible que en el mundo existan hombres tan perversos, tan infames, que se hayan atrevido á hacerle daño á mi pobre amo?

—Señora Teresa, yo ruego á usted continúe refiriéndonos el caso.

—Sí, sí, voy. Pues como iba diciendo, cogí la botella del aguardiente y comencé á bajar la escalera, cuando de pronto oí una espantosa detonacion que heló la sangre de mis venas, se me escapó la botella de las manos, sentí una gran debilidad en las piernas y tuve que apoyarme en la pared para no caerme.

Aquí los sollozos y las lágrimas volvieron á interrumpir el relato de la señora Teresa, pero reanimada por los oyentes, continuó de este modo:

—Permanecí algunos momentos inmóvil, sin atreverme á dar un paso: el silencio de la noche traía hasta mis oídos voces confusas y gemidos dolorosos.

—¿Y no recuerda usted lo que decían esas voces?— preguntó precipitadamente Mendez.

—No, señor, no recuerdo nada, bien es verdad que yo

en aquellos momentos estaba tan aturdida que ni podía explicarme lo que me pasaba.

—Lástima grande fué, porque en estos casos muchas veces una sola palabra conduce al descubrimiento de los criminales.

—Pues yo puedo jurar á usted por el santo de mi nombre, que si bien oí voces, no pude comprender lo que decían.

—En fin, adelante.

—Repuesta un poco, me resolví á entrar en esta habitacion, porque aquí, segun mi cálculo, era donde habia sonado el tiro, y efectivamente entré, y escuso decir á ustedes cuál seria mi sorpresa, mi terror, mi espanto, al encontrarme á don Samuel tendido en el suelo y cubierto de sangre. Desde este momento ya no pensé en otra cosa que en prestarle algun socorro, corrí á casa de don Prudencio, el cirujano, y ustedes saben ya lo demás.

—Pero usted, que tantos años está en la casa,—añadió el doctor Mendez,—usted para quien don Samuel no tenia secretos, ¿no recuerda si alguna persona le profesaba mala voluntad?

—Mi amo es un santo: tengo la completa seguridad de que nadie en el pueblo se hubiera atrevido á hacerle el menor daño, créame usted, señor, el que le disparó el tiro debe ser forastero, tal vez algun ladron que entró por el jardin, puesto que la ventana del despacho estaba abierta.

—Segun tengo entendido, no le han robado nada.

—Eso tambien es verdad, yo no echo nada de me-

nos, pero tal vez el ladron le pediria dinero, y como don Samuel no lo tenia, no podia dárselo, y entonces, despedido...

—Sin embargo, es muy estraño,—murmuró en voz baja el doctor Mendez.

Y encogiéndose de hombros volvió á decir:

—En fin, eso es cuestion de la justicia; con tal de que yo pueda salvarle la vida, lo demás me importa poco.

Y dirigiéndole la palabra al boticario, repuso:

—Creo que seria conveniente que fuera usted á dar parte al alcalde de lo ocurrido.

—Oiga usted, señor don Anselmo,—dijo el cirujano,—de paso tenga usted la bondad de avisar á mi mujer que no me espere esta noche.

El boticario salió á cumplir las comisiones que se le habian confiado.

La señora Teresa volvió á reanudar sus interminables rezos, y el médico y el cirujano entraron en la alcoba á ver cómo seguia el herido.

—La reaccion comienza,—dijo Mendez dirigiéndole la palabra á don Prudencio, que con una luz en la mano, se hallaba á su lado,—dentro de poco empezará el trabajo para nosotros.

Y nuevamente salieron de la alcoba y volvieron á sentarse junto á la mesa.

Aquí comenzó una conversacion científica entre el médico y el cirujano. Nosotros, dejando aparte el enfadoso tecnicismo de los émulos de Galeno, solo diremos

que el doctor Mendez estendió con claridad el plan curativo que debía seguirse, terminando de este modo:

—Usted comprenderá, mi querido compañero, que por grande que sea el interés que me inspire el herido, yo no puedo permanecer mucho tiempo á su lado, dejando abandonada mi clientela y desatendiendo los negocios que tengo en Madrid.

—¡Oh! es natural, es natural, usted no puede quedarse en Horche,—contestó el cirujano,—pero puede usted marcharse tranquilo, yo seguiré al pié de la letra las instrucciones que usted acaba de dejarme, y si desgraciadamente observara que la supuracion era de mal carácter, etcétera, etcétera, etcétera, entonces me apresuraria á ponerle á usted un parte telegráfico, para que ó bien me mandase un colega para que yo compartiese con él la responsabilidad, ó bien se presentase usted en persona, caso de permitírsele sus muchas ocupaciones: pero yo creo que no hará falta nada de todo esto, porque aunque la herida es grave, habiéndose practicado con tanta maestría la primera cura, y preparando al mismo tiempo al enfermo para que la inflamacion encefálica, en el caso de presentarse, sea benigna, todo irá bien.

El cirujano se detuvo, se frotó las manos con la satisfaccion del hombre que cree haber vencido en elocuencia á Ciceron y se quedó mirando al doctor Mendez con esa gravedad peculiar de los tontos.

El doctor Mendez, en otras circunstancias, indudablemente se hubiera reido del bueno de don Prudencio, cirujano romancista, tipo bufo que pasaba la vida ale-

gremente frotándose las manos, curando alifafes de menor cuantía y tarareando en voz baja todos los aires nacionales conocidos.

En estas cosas y en las declaraciones que tomó el alcalde, acompañado del secretario de Ayuntamiento, se pasó la noche, y la luz del alba iluminó tibia y poéticamente los objetos de la tierra.

Como el doctor Mendez había dicho, la reacción no podía tardar en presentarse, y efectivamente, á las seis de la mañana se hizo una copiosa sangría al herido y se le aplicaron sanguijuelas á las sienes.

Solo entonces comenzó el paciente á dar señales de vida: sus secos labios se entreabrieron y su lengua pronunció algunas palabras vagas y confusas.

Mientras tanto, la noticia cundió por el pueblo, y como todo el mundo queria al doctor Samuel, todo el mundo quiso verle y ofrecerle sus servicios.

La entrada en la habitacion del herido estaba prohibida, y la señora Teresa tuvo necesidad de sentarse cerca de la puerta para participar á los curiosos las órdenes de los facultativos.

En los pueblos de corto vecindario suceden tan pocas cosas, ocurren tan pocas novedades, que el acontecimiento mas pequeño saca á todo el mundo de sus casillas, y el espíritu de la curiosidad le retoza en el alma. Basta que pase un ciego por las calles vendiendo romances y calendarios, para que todos los vecinos se asomen á sus ventanas y á sus puertas á ver al que no vé.

Quando una feliz casualidad conduce hasta la plaza

del pueblo á un titiritero ambulante, es preciso estar imposibilitado para no acudir á ver la jaquita negra del histrion, que cuenta las horas con la pata, ó la asquerosa mona vestida de encarnado, que hace el ejercicio y dispara una pistola.

Bien es verdad que la curiosidad es cosmopolita, hija predilecta de todos los puntos del universo en donde se reunen los hombres y las mujeres formando sociedad.

El pueblo de Horche, tranquilo y pacífico, tenia por consiguiente que comentar en todos los tonos de que es capaz la garganta humana el inaudito é inesperado acontecimiento que habia tenido lugar en casa del doctor Samuel.

La reunion iba aumentando en derredor de la aturdida y desconsolada señora Teresa, y las preguntas llovian sobre ella de un modo abrumador.

En estos casos suelen representar los primeros papeles las hembras, mientras los hombres comentan en voz baja el sucedido.

Los unos aseguraban con toda la firmeza de una conviccion, sin el menor escrúpulo de duda, que solo gente forastera se hubiera atrevido á hacer daño á un hombre tan bueno y tan honrado como el doctor Samuel.

Otros afirmaban con la certeza del que lo ha visto, que en el monte inmediato, de algun tiempo á aquella parte, vagaban dos terribles malhechores fugados de los presidios de África, y que indudablemente ellos habian cometido el crimen.

Un pastor que vivia en el monte quiso rectificar la noticia de los malhechores, asegurando que él no los habia visto por ninguna parte.

No faltó, sin embargo, alguno que asegurara que habia encontrado, cuatro dias antes, en el Valle hondo un hombre de siniestra catadura, con la boca grande, la nariz chata y vizco, en fin, con todas las trazas del mas perfecto criminal.

Esta noticia tuvo gran éxito entre los concurrentes, y si en aquel momento un juez hubiera tomado declaracion, no hubieran faltado acusadores para el citado vizco, á quien despues de todo nadie habia tenido la desgracia de ver.

Teresa, mientras tanto, comprendiendo la imposibilidad de librarse de aquellos curiosos, contaba una y otra y otra vez la parte de historia que ella sabia perteneciente al crimen que causaba la curiosidad pública.

Á las siete de la mañana se presentó Daniel, acompañado de Bonifacio, en casa del doctor Samuel, á quien queria como un padre.

El pobre huérfano habia pasado la noche junto al cadáver de su madre, y al saber la desgracia del anciano, corrió á enterarse por él mismo, olvidándose por un momento hasta de su dolor.

Daniel y Bonifacio eran una escepcion, es decir, se les tenia por amigos de la casa, y entraron en el despacho donde se hallaba el herido.

El doctor Mendez les enteró en breves palabras de todo cuanto él sabia.

Daniel escuchaba con creciente asombro la relacion de una desgracia que no podia esplicarse, que no acertaba á comprender.

—¡Pero es posible esto!—dijo.—¿Puede existir en el pueblo un hombre tan infame que haya querido asesinar al doctor Samuel? ¡Oh! yo no puedo creerlo, aquí indudablemente ha habido una equivocacion fatal: si el crimen hubiera tenido por objeto robar á nuestro amigo, se encontraria en la casa la huella desordenada de los bandidos; pero nada falta, todo está en órden.

—Efectivamente,—repuso el doctor Mendez,—yo, como usted, Daniel, creo, ó que los asesinos han padecido una lamentable equivocacion, ó que este crimen envuelve un misterio que no nos es fácil penetrar por el momento.

—Y eso es tan exacto,—añadió el jóven,—que me atreveria á apostar la cabeza á que nadie en el pueblo deja de llorar y sentir la desgracia de nuestro pobre amigo.

—En fin, el mal ya no tiene remedio, lo que á nosotros nos toca es procurar remediarle en parte.

—Pero usted me ha dicho que la herida es grave, sumamente grave.

—Sí, efectivamente, pero la ciencia no pierde nunca la esperanza.

—Sin embargo, sus muchos años...

—¡Ah! ¡diantre! Si el doctor Samuel tuviera treinta primaveras, el caso cambiaria de aspecto.

Bonifacio escuchaba el anterior diálogo con admira-

de sangre fría, y era difícil que su mirada serena, su rostro impassible y tranquilo inspiraran la menor desconfianza.

Un temor, sin embargo, inquietaba el corazón de Bonifacio, si el herido había hablado algo.

Pronto se tranquilizó oyendo á los facultativos: el doctor Samuel no había desplegado los labios ni aun para quejarse; la herida era grave, y por lo menos en muchos días no se esperaba que el enfermo recobrase el conocimiento.

Según el dictámen facultativo, era muy dudoso salvar á aquel hombre; la esperanza, pues, de que la muerte dejara en el más profundo silencio aquel crimen, tranquilizó á Bonifacio.

Solo el doctor Samuel podía descubrir la verdad, solo él podía decir:

—Ignoro quién ha disparado el arma contra mí, pero conozco al hombre que ha armado el brazo para asesinar-me, se llama el general Lostan.

Si este nombre se escapaba de los labios del herido, el escándalo iba á ser grande, el acontecimiento ruidoso, era preciso, pues, á todo trance que el doctor Samuel no hablara: hé aquí la causa de la inquietud silenciosa de Bonifacio.

Las circunstancias favorecieron al leal servidor del marqués del Radio; Daniel propuso que Bonifacio se quedara desde aquel momento en la casa con el objeto de asistir al enfermo y descansar en parte á la pobre Teresa.

La proposición fué aceptada con gran gozo de Bonifacio, que concibió rápidamente el pensamiento de enterar al general Lostan de todo lo que sucedía.

Por eso, sin duda, llamando aparte á su señorito Daniel, le dijo en voz baja:

—Yo tengo que pedir á usted un favor, señorito.

—Bien, ¿qué quieres?

—Hace poco, cuando tomé la licencia, del dinero de mis alcances presté á un sargento de mi compañía trescientos reales, y ese sargento me ha escrito diciéndome que me presente hoy mismo en Alcalá si quiero cobrar la deuda, pues se traslada á otro punto el regimiento, si usted me concediera permiso para ausentarme algunas horas, de paso me compraría alguna ropa en Guadalajara.

—Bien, vete,—contestó Daniel,—pero vuelve pronto, puedes hacer falta.

—Pues entonces me quedo, lo primero es el doctor Samuel, poco me importa no cobrar esos trescientos reales.

—No, no, vete, hoy á la una entierran á mi pobre madre. Cuando su cadáver haya bajado á la fosa, volveré á sentarme junto al lecho del doctor Samuel, de donde no me separaré hasta que se halle restablecido ó hasta que muera. Si es que sucede esa desgracia, solo en el mundo, huérfano y abandonado, miraré desde hoy á ese pobre anciano como á un padre.

Bonifacio partió. Nuestros lectores ya saben á dónde fué; el general Lostan podía enorgullecerse de tener un servidor tan sereno y tan precavido.

## CAPÍTULO III.

## El cedro de Oñora.

Las doce daban en el reloj de la torre cuando Daniel salió de casa del herido dirigiéndose á la suya.

Mónica y Tomás, ayudados por el señor cura, lo habían dispuesto todo.

Angela, con la blancura de la muerte en el rostro y las facciones tranquilas como si estuviese dormida, se hallaba colocada en un modesto ataúd forrado de bayeta negra con cintas amarillas.

Daniel se arrodilló junto al cadáver de su querida madre, y con las manos cruzadas y la mirada fija en aquel rostro que tantas veces le había sonreído, permaneció inmóvil algunos momentos.

—Madre mia,—le dijo con acento profundamente conmovido,—tú ya no oyes como en otro tiempo la voz querida de tu hijo; tus labios no volverán á abrirse para dirigirme palabras de ternura, ni brillarán en tus ojos aquellas miradas que brotaban de tu alma para llenar de luz y de alegría mi corazón; el dedo de la muerte se posó

en mal hora sobre tus párpados, y al exhalar el último suspiro, tu hijo, pobre huerfano, solo y abandonado se quedó en el mundo. Si desde esa eternidad á donde se elevan los espíritus de los buenos, ves á tu hijo vagando por ese valle de penalidades y miserias, guia sus pasos por la espinosa senda de la vida, y no le abandones ni un solo instante.

Daniel inclinó la frente, de sus ojos brotaban abundantes lágrimas, y sus labios, entreabiertos por el dolor y la emocion, depositaron un beso respetuoso y apasionado en la frente helada del cadáver.

—Vamos, hijo mio, vamos,—le dijo el sacerdote cogiéndole cariñosamente por un brazo para levantarlo,—es preciso resignarse, Dios lo ha querido, respetemos su fallo y quédete el consuelo de que tu pobre madre fué una santa y que para las almas de los justos, abiertas están siempre las puertas del Paraiso.

Daniel se levantó, enjugóse los ojos y repuso con acento trémulo:

—Sí, dice usted bien, señor cura, mi pobre madre fué una santa, una mártir; ¡quién sabe si algun dia tendrá su hijo la desgracia de hallarse frente á frente...

Daniel se detuvo: era indudable que un pensamiento de odio habia cruzado por su imaginacion. Su nacimiento habia sido siempre para él un misterio, y al perder aquella infortunada que le habia llevado en sus entrañas, al verse solo en el mundo, una curiosidad mezclada de despecho brotaba por primera vez en su alma.

Algunos amigos de la difunta comenzaron á reunirse

en la casa mortuoria con el objeto de acompañar el cadáver á su última morada.

Á la una salió el entierro.

Ángela habia sido buena en vida, y fué llorada en muerte. Mucha gente siguió el entierro.

Daniel, aunque no es costumbre que los hijos acompañen el cadáver de sus padres, quiso formar parte de la comitiva, y nadie se atrevió á impedirselo.

Era tan grande, tan profundo, tan intenso el dolor del pobre huerfano, que hubiera sido una crueldad oponerse á su deseo.

Siguió pues al cadáver con la frente inclinada sobre el pecho y las lágrimas en los ojos.

Todos, al verle, murmuraban en voz baja:

—¡Pobre Daniel! ¡Cuánto amaba á su madre!

Quando la comitiva llegó al campo santo, el cadáver fué depositado en la pequeña ermita para recibir los últimos rezos de la Iglesia.

Mientras tanto Daniel recorrió el pequeño local destinado á los muertos y eligió el sitio en donde debia ser enterrado el cuerpo de su madre.

El cura habia mandado disponer un nicho para Ángela.

—No, no,—dijo Daniel,—yo quiero que mi madre descansase en la tierra, aquí, en este sitio solitario deseo que se abra la fosa.

Y Daniel indicó uno de los ángulos del cementerio, el mas sombrío, el mas triste, imágen sin duda del estado de su alma.

—El cura, respetando la voluntad del pobre húrfano, mandó á dos sepultureros que cavaran la tierra.

El cadáver fué depositado en aquel hoyo y cubierto de tierra.

—Madre mia,—dijo Daniel estendiendo los brazos sobre la fosa,—yo colocaré sobre tus queridos restos una lápida para que indique á los vivos el sitio donde descansas en paz; yo mandaré poner hoy mismo junto á tu fosa el hermoso cedro de Odora que con tanto esmero y cariño cuidabas para que sus ramas de perenne verdor presten sombra á tus amados restos.

Y como si en este momento le abandonaran las fuerzas, cayó de rodillas sobre la removida tierra y comenzó á rezar en voz baja.

Todos los concurrentes le imitaron; era el último tributo de admiracion, de cariño y de respeto que rendian á la pobre mártir que habia dejado de existir.

Aquella misma tarde, el hermoso cedro de Odora fué arrancado de la huerta de Ángela y conducido al campo santo en un carro.

El viejo Tomás se habia encargado de trasplantar el árbol favorito de su señora con todas las precauciones del hombre inteligente, porque habria sido un verdadero sentimiento para todos que el árbol hubiera muerto.

Se arrancó, pues, con un gran cepellon de tierra y rodeado cuidadosamente de esteras. Daniel indicó el sitio donde debia plantarse para que sus poéticas ramas se estendieran como una bendicion sobre el sepulcro de su madre.

Cuando el trabajo concluyó, el huerfano dijo:

—Ahora, madre mia, descansa en paz á la sombra de tu árbol querido; yo te juro que no he de olvidar nunca tu nombre y que vendré siempre que pueda á llorar junto á este hermoso cedro de Odora por la memoria de la mejor de las madres.

Despues de esto, Daniel y Tomás salieron del cementerio, siguiendo el camino del pueblo tristes y silenciosos.

Cuando llegaron á la ermita, Daniel se detuvo, y sentándose en una de las gradas de la cruz de piedra, dijo:

—Siéntate á mi lado, Tomás, tenemos que hablar.

El anciano obedeció. Despues de una corta pausa, el huérfano volvió á decir:

—Tú y Mónica sois dos pobres viejos á quienes mi madre queria y habia ofrecido muchas veces no abandonar nunca.

—Doña Ángela era muy buena,—murmuró Tomás.

—Desgraciadamente, mi pobre madre no me ha dejado una de esas fortunas que permitan demostrar la generosidad del heredero; tú sabes, mi buen Tomás, que solo poseemos la huerta y la casa, y que sus productos nos obligan á vivir con gran economía.

—Yo ya comprendo, señorito,—añadió el anciano enjugándose los ojos,—que tanto Mónica como yo seremos para usted una carga pesada.

—No, no es eso de lo que voy á hablarte; vosotros hace muchos años que entrasteis al servicio de casa, y seria en mí una ingratitud no recordar vuestros servi-

cios; yo pienso abandonar el pueblo tan pronto como el doctor Samuel se restablezca, tú y Mónica quedareis al frente de mis pocos intereses, viviendo de sus productos hasta tanto que yo mejore de suerte; créeme, Tomás, yo no os abandonaré nunca, porque así me lo aconsejan mis sentimientos, porque así me lo encargó mi pobre madre.

Tomás se apoderó de una de las manos de Daniel y la cubrió de besos y lágrimas, diciendo:

—¡Ah! ¡qué bien hacia doña Ángela en quererle á usted tanto; ¡qué bueno es usted, señorito!

—No soy mas que justo.

—Sin embargo, la justicia no siempre se encuentra en la tierra; otro en lugar de usted nos despediria y arrendaria ó venderia al marcharse la huerta y la casa, pero usted se priva de esos pocos recursos para que nosotros no nos muramos de hambre.

—Bien, bien, no se hable mas de esto, yo cumplo con mi deber,—contestó Daniel enternecido;—participale á Mónica mis disposiciones y vivid tranquilos encomendando á Dios á mi madre.

—Pues qué, ¿va usted á abandonarnos tan pronto?

—Ignoro el dia que dejaré el pueblo; pero desde hoy me instalaré en casa del doctor Samuel: él fué un gran amigo de mi madre y yo debo prestarle mis servicios ahora que tanto los necesita.

Y levantándose, añadió:

—Nada mas tengo que decirte, podeis disponer de la huerta y de la casa como mejor os parezca, no os

ocupei de mí para nada; dichoso yo si, cediéndoos lo poco que poseo, puedo remediar las cortas necesidades de vuestra vida.

Aquí terminó la conversacion del huérfano y del anciano; Daniel entró en casa del médico, y Tomás se dirigió á la de su jóven amo con la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos enrojecidos por el llanto y las manos en los bolsillos de su chaqueton.

## CAPÍTULO IV.

## Donde Bonifacio oye, ve y calla.

En casa del doctor Samuel nadie se habia apercibido de la ausencia de Bonifacio, bien es verdad que todo el mundo ignoraba su viaje.

Daniel, profundamente afectado, no habia tenido tiempo mas que para llorar á su madre y pensar en su orfandad.

Hay horas en la vida, tristes como un dia sin sol, horas de amargo pesar, de infinita amargura, en que el corazon, aplanado bajo el peso de la desgracia, late y sufre en silencio, sin que nos permita ocuparnos de cuanto sucede en derredor nuestro.

Hay algo de majestuoso, de imponente en ese instante supremo en que, acompañando los restos de un sér querido á su última morada, los vemos desaparecer detrás de una losa ó de una capa de tierra que en su frio mutismo nos dice: «Ya no volverás á verle, su historia ha concluido, su última palabra se ha pronunciado en el mundo de los vivos.»

Daniel se encontraba, pues, en uno de esos períodos,

y nada tenia de estraño que, pensando en la muerte, se hubiése olvidado de la vida.

Para el pobre huérfano su madre lo era todo en el mundo; mientras pudo reclinar la frente sobre su amoroso seno, su alma dormida en brazos del purísimo sueño de la inocencia, gozaba sin penas ni sobresaltos de las dulzuras de la vida, y el porvenir, que nunca se le habia ocurrido averiguar, se presentaba para él en un horizonte de color de rosa.

Daniel era un jóven sin deseos, gozaba, pues, al lado de su madre de la mas perfecta felicidad.

Al verla bajar á la fosa, una voz, nacida del fondo de su corazon, le habia dicho: «Hoy comienza para tí la historia de tus dolores.»

¿Qué porvenir le reservaba el destino? ¿Qué iba á ser de él? Problema misterioso de la vida que no era fácil resolver en aquellos momentos dolorosos.

Entró, pues, en casa del doctor Samuel pálido y conmovido, se dirigió á la alcoba, estuvo contemplando al inmóvil y cadavérico anciano, y sentándose por fin en la silla que se hallaba junto á la cabecera, murmuró en voz baja:

—¡Dios mio! Salva la vida del único sér que puede servirme de apoyo en el mundo, el corazon me dice que este anciano puede servirme de segundo padre, él solo sabe el secreto de mi existencia, que él solo puede conducirme á seguro puerto, pues no es para él un secreto las causas que hicieron de la existencia de mi madre la vida de una mártir.

Luego Daniel apoyó la frente en el borde de las almohadas del lecho del anciano, permaneciendo en aquella triste actitud un largo espacio de tiempo.

Bonifacio regresó por la noche y fué á instalarse en casa del doctor Samuel, procurando que su presencia no llamara la atención, se sentó en uno de los rincones del despacho y se fingió dormido.

A eso de las doce de la noche, Teresa, que entraba en la alcoba á ver á su amo, notó que Bonifacio estaba sentado en una silla.

—¡Pobre Bonifacio!—le dijo,—ni siquiera me he acordado de tí; bien es verdad que tengo la cabeza como una olla de grillos, porque, hijo mio, puedo asegurarte que todo lo que nos sucede me parece un sueño, al que no quisiera darle crédito.

—Bien puede usted decirlo, señora Teresa, esto ha sido una desgracia que estábamos todos bien lejos de sospechar,—contestó Bonifacio exhalando un suspiro hipócrita.

—La desgracia siempre hace lo mismo, es traidora, artera por demás, se acerca agazapadita, y ocultándose para que no se la vea, da el golpe y desaparece; pero ven, ven conmigo á la cocina á tomar algo, debes tener hambre, pobre Bonifacio, nadie se ha acordado de tí durante todo el día.

—¡Bah! no se apure usted por eso, señora Teresa, los que hemos servido al rey tenemos acostumbrado el estómago á la paciencia.

—Sin embargo, es preciso comer, porque ya que te has brindado tan generosamente á ayudarme mientras dure la enfermedad del amo, justo es que yo no me olvide de que tú no pasas del aire.

Bonifacio siguió á la buena Teresa, que estaba bien lejos de sospechar que aquel hombre á quien ella creía un infeliz en toda la estension de la palabra, llevaba oculta en el bolsillo del pecho de su chaqueton la muerte del anciano herido.

Bonifacio cenó con buen apetito, y despues de dar las gracias al ama de gobierno del doctor Samuel, fué á ocupar una silla cerca de la alcoba.

Desde allí podia ver al enfermo y oir la conversacion de los que estaban en la sala.

Dispuesto Bonifacio á seguir al pié de la letra las órdenes del general, solo esperaba ver en el rostro del herido un destello de inteligencia para suministrarle doce gotas del líquido que le habian entregado en Madrid.

Aunque aquel hombre se hallaba dispuesto á todo por servir á su amo, habia en él un gran fondo de prudencia.

Durante las largas horas que habia pasado pensando y premeditando el crimen, se habia dicho muchas veces:

—En estos casos graves conviene no aturdirse, no precipitarse; si el doctor muere sin recobrar la razon, es inútil que yo emplee el veneno fatal que guardo en mi bolsillo; si, como he oido decir á ese médico de Madrid, la herida no le mata, pero le produce un estado de im-

becilidad lamentable, como el resultado es igual para nosotros, es decir, como el doctor no podrá revelar nunca quién le robó el cofrecillo y quién le causó la herida, yo no debo echar mano de recursos violentos, esperaré, pues, tranquilo y dispuesto á todo; ¡ay de ese pobre anciano si sus labios se entreabren para pronunciar una palabra de razon, porque entonces su muerte es segura!

El marqués del Radio no pudo confiar tan grave asunto á un servidor mas decidido, mas leal.

Mientras Bonifacio, medio oculto en la sombra, espiaba el menor de los movimientos del herido, en la sala, sentados al rededor de la mesa, se hallaban el doctor Mendez, don Prudencio el cirujano y Daniel.

Hablaban en voz baja, pero no tanto que Bonifacio no pudiera oirles.

El doctor Mendez habia escrito un plan curativo para que el cirujano don Prudencio no tuviera que hacer otra cosa que seguirle al pié de la letra.

Un médico práctico puede diagnosticar con bastante precision la marcha de una herida en todas sus manifestaciones, en todos sus progresos, bien sean el resultado de una mejoría que conduce al completo restablecimiento, bien el fatal recargo que termina con la muerte.

Mendez habia encargado asimismo á su colega, le remitiera á Madrid un diario, haciéndole la relacion del estado del enfermo.

De este trabajo se habia encargado Daniel.

—De este modo,—decía el doctor Mendez,—yo podré enterarme cada veinticuatro horas del estado del herido y dar á ustedes algunas instrucciones desde Madrid. Además, ofrezco visitarles de vez en cuando. El restablecimiento del paciente será largo y penoso, y si mis ocupaciones no me lo impidieran, yo tendria una verdadera satisfaccion en permanecer aquí todo el tiempo que fuese necesario.

—¡Oh! eso seria mucho mejor,—contestó el cirujano.

—Pero eso es imposible, amigo mio: un médico se debe á sus enfermos, y á mí me esperan muchos en Madrid.

—¿Y cuándo piensa usted marcharse, señor Mendez? —preguntó Daniel.

—Mañana sin falta.

—¡Tan pronto!...

—Es indispensable.

—¿Pero cree usted que salvaremos al pobre don Samuel?

—Bien sabe Dios que no deseo otra cosa, pero desgraciadamente, amigo mio, no puedo contestar con seguridad á la pregunta que usted me dirige. La bala se halla aun dentro del cráneo, su extraccion es difícil, yo al menos la creo bastante arriesgada; hasta los cien dias hay peligro de muerte, y aunque se salvara la vida, no afirmaré yo que se salvará la razon.

Bonifacio aplicó el oido con mas interés.

—¡Dios mio! ¿es decir que no solamente corre el peligro de morirse?—preguntó Daniel.

—No sería el primer caso que registrara la medicina, de que un herido de bala en la cabeza se quedara en uno de esos estados de imbecilidad, de atontamiento, que no cura la ciencia de los hombres.

—¡Pobre don Samuel!—murmuró el cirujano.

—Ha sido una verdadera desgracia,—dijo á su vez Daniel.

—No debemos, sin embargo, desconfiar,—añadió Mendez;—esperemos resignados, y pongamos de nuestra parte todos cuantos recursos aconseja el arte.

—Muerta mi pobre madre, ese buen anciano era mi único amparo en la tierra; ¡soy bien desgraciado!

—Si mal no recuerdo, creo haberle oído decir á usted que pensaba trasladarse á Madrid,—preguntó Mendez.

—Ese era mi pensamiento; mi madre, antes de morir, me dijo entregándome dos cartas: «Hijo mio, cuando mi cuerpo baje á la fosa, como en el pueblo nada te queda mas que nuestra modesta fortuna, yo te aconsejo que te traslades inmediatamente á Madrid y entregues estas dos cartas á las personas que te indican las señas, y si ellas te protegen, quién sabe si algun dia llegarás á ser un hombre de provecho.

—Debe usted cumplir la última voluntad de su madre.

—Así lo haré en cuanto don Samuel se halle fuera de todo peligro.

—Un pueblo ofrece poco porvenir á la juventud,—dijo Mendez;—su madre de usted hizo bien en recomendarle que se trasladara á Madrid.

—Además,—añadió Daniel,—ella tenia muchas con-

fianzas en que las personas á quienes me recomienda me protegerán franca y generosamente; pero tal vez usted deba conocerlas.

—¡Quién sabe! ¡Conozco á tanta gente en Madrid! Si usted me indica sus nombres.

—Uno de ellos se llama el general Lostan.

—¡El general Lostan!—repitió Mendez,—¡ah diantre! Sí que le conozco; figúrese usted que soy el médico de su casa.

—El otro se llama el conde de la Fé.

Mendez hizo un movimiento de asombro, añadiendo:

—Querido jóven, desde ahora le aseguro que si su madre de usted tenia bastante influencia para que el general Lostan y el conde de la Fé hagan caso de la recomendacion que lega á su hijo, podrá usted hacer mucho camino en la corte; desde ahora le aconsejo que presente esas cartas, y le advierto que puede contar conmigo en todo y por todo.

—¡Oh, gracias, señor doctor! ¡gracias! pero yo ignoro hasta qué punto harán caso esos señores de las cartas de mi madre: ella al dármelas parecia hallarse poseida de la mayor confianza, creí notar en sus ojos una gran fé en el buen resultado de su recomendacion. Despues de todo, yo poco pierdo si veo que mi madre se ha equivocado: iré á verles, y tan pronto como me persuada que esos señores nada quieren ó pueden hacer por mí, regresaré al pueblo, donde, gracias á Dios, tengo un pedazo de pan que llevarme á la boca.

—Siempre da fuerza al espíritu y serenidad á la inte-

ligencia, el tener, como familiarmente se dice, cubierta la retirada.

—¡Ah! sí,—añadió sonriéndose tristemente Daniel,—mi fortuna se reduce á la vieja casa donde ha muerto mi madre y á una huerta adjunta que nos produce al año escasamente cuatro mil reales, es decir, lo estrictamente necesario para no morir de hambre, gracias á la mucha economía de mi buena y vieja Mónica, que hace bastantes años es nuestra ama de gobierno.

—¿Segun veo, no ha seguido usted ninguna carrera?—preguntó el doctor Mendez.

—Mi pobre madre, haciendo grandes sacrificios, privándose muchas veces de lo mas necesario, me tuvo en un colegio de Guadalajara hasta la edad de doce años, luego me envió á Madrid á estudiar filosofía, permaneciendo en la capital hasta el tercer año de leyes; pero desde el dia que comenzó á sentirse mala no he querido separarme de su lado: «ya terminarás tu carrera, me decia, cuando termine mi vida, que no será larga.» ¡Pobre madre de mi alma!

Daniel se enjugó los ojos llenos de lágrimas, justo tributo dedicado al recuerdo de una madre modelo de amor y de resignacion.

---

## CAPÍTULO V.

## Donde el Galeno de la corte abandona la aldea.

Daniel era uno de esos jóvenes de corazón sencillo, de alma candorosa para los que en el mundo todo se reduce al amor y al respeto de sus padres.

Jamás había causado el menor disgusto á aquella pobre mártir que le había dado el sér.

Su nacimiento era un misterio, pero su madre le amaba tanto, notaba en su hermoso y padecido semblante tan característicamente marcadas las huellas del dolor siempre que le preguntaba por su padre, que por fin se había resignado á guardar en lo mas profundo de su pecho las terribles dudas que le atormentaban.

Muchas veces Daniel, recorriendo las cercanías del pueblo solo y preocupado, solía dirigirse multitud de preguntas á las que nunca podía responder.

—¿Qué misterio envuelve mi vida?—se decia.—¿Quién es mi padre, que siempre viene y nunca llega? ¿Por qué no se presenta á recibir mis caricias? ¿Á qué debo atribuir este abandono en que nos tiene? ¡Será que se avergüence de su paternidad! ¡Oh! pero eso es imposible, mi madre es un ángel.

En estos momentos de terrible y silenciosa lucha, Daniel se sentaba, ora sobre una roca, ora á la sombra de un árbol, ora junto á un arroyo, y allí, con la frente hundida entre las manos, el corazón palpitante y los ojos humedecidos por las lágrimas, veía pasar las horas en triste y melancólica soledad.

Y luego cuando á la caída de la tarde regresaba á su casa, al ver desde lejos á su querida madre asomada á la ventana y con los ojos fijos en el camino por donde él debía regresar al pueblo, corría al encuentro de aquella que tanto le amaba, y al recibir sobre su frente el apasionado beso de bienvenida, lo olvidaba todo y se creía feliz.

¿Pero en dónde estaba Ángela? Ya Daniel no volvería á verla mas, enviándole como en otro tiempo su amorosa sonrisa; la muerte, implacable, habia estendido sus garras y al arrebatarse su presa, habia dejado en la mayor orfandad al pobre Daniel.

Pero ¿cómo rebelarse contra un acto, contra una ley imperiosa de la naturaleza? Ante la muerte se inclinan las frentes mas altivas, se oprimen y estremecen los corazones mas fuertes.

Daniel, á quien su madre habia procurado inculcar en su alma la fé cristiana, el inapreciable tesoro de la resignación, no se rebeló como el réprobo ante el fallo inapelable de la muerte.

Pero volvamos á continuar el interrumpido diálogo.

El doctor Mendez se sintió vivamente interesado por aquel jóven y procuró tranquilizarle y fortalecer su espíritu con sus consejos.

—El general Lostan,—añadió,—es un hombre altamente influyente en el gobierno; con dificultad se le negará nada de cuanto pida; puede serle á usted muy útil. En cuanto al conde de la Fé, es un solteron inmensamente rico, hombre escéntrico, algo descreido, que duda de la virtud y se rie de todo; se ha prometido á él mismo llegar al término de su vida sin conocer los goces de la familia; si consigue usted serle simpático, si le coge usted en uno de sus momentos de buen humor, es muy capaz de darle á usted un millon; pero si desgraciadamente sucede lo contrario, no tendria nada de estraño que, encogiéndose de hombros, le dijera: «amigo mio, yo no puedo hacer nada por nadie.»

Estos ligeros retratos hechos de palabra, causaron profunda impresion á Daniel; diríase que no esperaba nada de las recomendaciones de su madre.

Mendez volvió á añadir:

—Yo supongo que cuando la buena de doña Ángela demostró á usted tanto afan en sus recomendaciones, es prueba evidente que espera que no nieguen á su hijo el apoyo que pide.

Y como Daniel permaneciese mudo y cabizbajo, el doctor repuso de este modo:

—El contenido de las cartas le habrá indicado á usted la intimidad de las relaciones de su buena madre con esos caballeros.

Daniel levantó la frente, fijó una mirada ingénua en Mendez y dijo de un modo tan natural como sencillo:

—Yo no he leído las cartas de mi madre.

—¡Cómo!—exclamó el doctor asombrado.

Durante este diálogo, don Prudencio, el cirujano, oía y callaba, era un espectador pacífico que, no atreviéndose á tomar parte en la escena, habia enmudecido.

—Mi madre,—repuso Daniel,—me entregó las cartas cerradas y me dijo: «Presentarás primero la del general; si te recibe con amabilidad, si notas en su semblante que está dispuesto á hacer algo en provecho tuyo, no tienes necesidad de molestar á nadie mas; pero si por el contrario le encuentras esquivo, frio y te dirige palabras ambiguas que comprendas que no son mas que una excusa para salir del paso, entonces te presentas al conde de la Fé y le entregas su carta, refiriéndole el recibimiento que te haya hecho el general. Si el conde desoye tambien mis súplicas, entonces, hijo mio, vuelve al pueblo y el doctor Samuel te dará buenos consejos, porque ha sido siempre un verdadero amigo nuestro.

Mendez, que habia escuchado con profunda atencion las palabras de Daniel, creyó notar en la última voluntad de la difunta Ángela una historia misteriosa, un enigma secreto del cual tenia la clave el anciano herido.

Por eso sin duda, hombre prudente, no quiso prolongar la conversacion con Daniel, y levantándose, se dirigió á la alcoba á ver al enfermo.

Bonifacio, viendo entrar al doctor Mendez, se puso de pié y se descubrió respetuosamente.

En este instante se presentó en la puerta del despacho un personaje cuya sola presencia causó á Bonifacio un estremecimiento general, involuntario, estremeci-

miento que, á pesar del dominio que tenia sobre sí mismo, no pudo evitar. El que tal efecto le habia causado no era otro que el juez del distrito, acompañado del escribano, el alcalde y algunos alguaciles.

El alcalde de Horche habia recibido del doctor Mendez, para que practicara las oportunas diligencias, el parte que copiamos al pié de la letra:

«El infrascrito doctor en Medicina y Cirugía, vecino de la villa de Madrid, y transeunte casualmente en este pueblo, pone en conocimiento de usted que esta noche, á las doce y media, fué llamado por la señora Teresa Nuñez, para asistir á su amo, á quien hallé tendido en medio de su despacho sin conocimiento, pero con algun calor y flexibilidad de miembros. Estaba además bañado en sangre que brotaba de su frente por una herida de bala que tenia en la parte alta del coronal, y en derredor de cuyos bordes se veia la sangre coagulada. La insensibilidad, la inmovilidad y demás signos propios de la muerte me hicieron sospechar al principio que dicho individuo estaba fuera de los recursos de la ciencia; pero convencido, al reconocerle, que habia una esperanza de salvacion, he practicado la primera cura y me apresuro á dar parte á usted para los efectos convenientes. Dios guarde á usted muchos años. Horche veinte y cuatro de Octubre de mil ochocientos sesenta y.....—*Rogelio Mendez.*»

El alcalde remitió inmediatamente con un peaton al juez de Guadalajara el parte del médico, y luego se presentó en el lugar del crimen á tomar declaraciones, como recordarán nuestros lectores.

Tan pronto como el juez recibió el aviso de la primera autoridad de Horche, seguido del escribano y dos parejas de la guardia civil, se trasladó al pueblo en donde había tenido lugar el sangriento drama.

Se tomó de nuevo declaración á las personas que se creyó podían dar algunos indicios del misterioso crimen, y por último, viendo que nadie podía descubrir la verdad ni indicar al menos un camino por el cual pudiera la justicia comenzar sus investigaciones, el juez dispuso que la guardia civil diera una batida en el cercano monte, apoderándose de toda persona indocumentada y sospechosa.

Las formalidades de la ley quedaban cumplidas, pero el juez se vió en la necesidad de regresar á Guadalajara sin el menor indicio que pudiera ponerle en la pista del delincuente.

Bonifacio, que al principio no había podido contener la emoción, la inquietud que le causara la presencia del juez, serenándose pronto, presenció todas las diligencias judiciales con admirable sangre fría.

El magistrado más astuto, más inteligente, más práctico, no se hubiera atrevido á sospechar de aquel hombre de mirada serena, en cuyo rostro brillaba la más perfecta honradez.

Bonifacio, sin embargo, respiró cuando el juez abandonó la casa del doctor Samuel.

Llegó la noche del tercer día, el enfermo avanzaba poco en su restablecimiento, y el doctor Mendez, después de hacer generosos ofrecimientos, pues no quería que su

maestro careciese de nada, se vió en la precision de abandonar al herido, pues sus ocupaciones le reclamaban en Madrid.

Antes de marcharse llamó aparte á la señora Teresa y le dijo:

—El doctor Samuel fué en otro tiempo mi catedrático; de su ciencia y del afecto que entonces me profesaba conservo grandes recuerdos, que me han sido muy útiles en mi carrera; ignoro á qué altura se encuentra de fortuna, y como no quiero que carezca de nada, confío que usted me hable con toda franqueza y me diga si le falta dinero para atender á sus necesidades.

—Pues bien, señor, ya que usted ha sido tan bueno para con mi pobre amo, no le ocultaré que el dinero anda bastante escaso en la gaveta del bueno de don Samuel; preciso es confesarlo, mi amo tiene, como vulgarmente se dice, la mano rota, de modo que como tiene poco y da mucho, á lo mejor se encuentra sin nada y carecemos de todo.

—Pues yo no quiero que carezcan ustedes de nada,— repitió Mendez dejando sobre la mesa algunas monedas de oro.—Por ahora ahí tiene usted eso, dentro de algunos dias remitiré á usted mas.

—¡Ah, señor Mendez! usted ha sido el ángel bueno de esta casa.

Y la pobre Teresa cogió una de las manos del médico, que llenó de lágrimas y besos.

Dificultades y no pocas le costó al Galeno madrileño librarse de las expansivas demostraciones de gratitud de

la buena ama de gobierno del Galeno de Horche, y volviendo á recordar al cirujano el plan curativo, se despidió de Daniel, repitiéndole que no dejara de visitarle en cuanto fuese á Madrid.

Despues partió.

Desde este dia Daniel, instalado en casa del herido, se dedicó á cuidarle.

Bonifacio, el cirujano y Teresa se mostraban no menos solícitos que el huérfano.

El cura-párroco visitaba tambien todos los dias al enfermo, pasando un par de horas junto á su lecho.

Todas las tardes Daniel se sentaba en el sillón de baqueta del anciano médico, y cogiendo la pluma, decia: —Señor don Prudencio, ¿quiere usted dictarme el parte?

Entonces el cirujano estiraba el cuello, escombraba dos ó tres veces, frotábase las manos, y tomando la postura del orador que tiene la conviccion que va á admirar á sus oyentes con sus discursos, dictaba el diagnóstico de las veinticuatro últimas horas del dia.

Daniel escribía, permitiéndose mas de una vez corregir el estilo.

Luego Bonifacio cogía la carta para llevarla al correo, pero en vez de echar una al buzón, echaba dos, pues él por su cuenta hacia tambien una sucinta relacion á Santiago del estado del herido.

Las cartas de Bonifacio eran lacónicas en extremo, no las firmaba, y decían así:

«No conoce á nadie; no habla nada; sigue muy mal; yo velo siempre; confiad en mí.»

## CAPÍTULO VI.

## La despedida.

Trascurrieron treinta días.

Las primeras nieves cayeron como un blanco sudario sobre las crestas de los vecinos montes.

Las quemadoras heladas del invierno estendieron la tristeza y la soledad por los campos.

El doctor Samuel, si bien había mejorado de su herida, la bala permanecía incrustada en las paredes del cráneo, sin que el doctor Mendez, en las varias visitas que le había hecho, se hubiera atrevido nunca á extraerla.

—El proyectil, si no me engañan mis cálculos, se halla tan adherido á los huesos del cráneo, que acabará por formar una masa comun con ellos, pero mis sospechas se van realizando, el doctor Samuel curará de su herida, pero, y la razon, ¿cuándo volverá á recuperarla? Ha trascurrido un mes, aun es preciso esperar otros dos mas.

Las visitas del doctor Mendez eran siempre de algunas horas, llegaba á las diez de la noche y se marchaba al amanecer.

Durante los primeros treinta dias fué á ver á su maestro cuatro veces.

El doctor Samuel se levantaba algunos ratos del lecho y daba algunos cortos paseos por la habitacion, cogido del brazo de Bonifacio, que, enfermero solícito, no se apartaba nunca del lado del herido.

El cirujano solia decir con frecuencia:

—Este es un caso raro de esos que registra de vez en cuando el arte, bueno será ir consignando todos sus síntomas. El pobre don Samuel se halla casi restablecido de su herida, despues de una supuracion buena, comienza á cicatrizarse, y sin embargo, su razon permanece tan perturbada como los primeros dias: ni conoce, ni recuerda nada, es una especie de autómatas que tiene unos ojos que se mueven mucho, yo creo que su juicio está perdido para siempre; esto es una desgracia, una gran desgracia; con el tiempo, no me cabe duda, el doctor Samuel llegará á ser un idiota que andará por esas calles de Dios sin darse cuenta á sí mismo de lo que hace.

Este pronóstico de don Prudencio causaba una alegría infinita á Bonifacio, que, manteniendo una lucha en su corazon, deseaba librarse de los remordimientos que la muerte de aquel pobre anciano le causaria, porque á fuerza de asistirle y de cuidarle habia concluido por quererle.

Sin embargo, aquel hombre extraordinario estaba resuelto á matar si las circunstancias lo exigian.

Muchas veces Bonifacio colocaba el sillón junto á la

ventana y llevaba á él al anciano para que disfrutara de los benéficos rayos del sol.

El pobre doctor obedecía siempre como un niño; era la docilidad suma.

De vez en cuando sus labios se entreabrian, bien para formular una sonrisa, bien para pronunciar una palabra incoherente y vaga.

En estos casos Bonifacio escuchaba con profunda atencion aquella palabra, y mas de una vez al presentarle una taza de caldo, la sospecha de que la inteligencia brotara de nuevo en la mente del doctor, le hacia llevar la mano al bolsillo de la chaqueta donde conservaba siempre el veneno.

Pero pronto se convencia de que la casualidad, ó mas bien, sus temores, le habian hecho sospechar que la razon brotaba de la boca del enfermo.

Otras veces, cuando Bonifacio se encontraba solo con el herido, le dirigia preguntas intencionadas para probar si un destello de memoria, si un recuerdo del pasado iluminaba su inteligencia.

Pero ¡ay! todo era en vano, en estos casos el doctor Samuel se llevaba ambas manos á la cabeza y murmuraba con débil y apagado acento:

—Aquí, aquí me duele mucho: ¡oh! ¡qué dolor tan grande!

—¿Y sabe usted quién ha tenido la culpa de que sufra usted tan terribles dolores?—le preguntaba entonces Bonifacio llevándose una mano al pecho para sujetar los latidos de su corazon.

El enfermo nunca contestaba á esta pregunta, pero sus ojos se humedecían y nuevos y dolorosos gemidos se escapaban de su pecho.

Así iba trascurriendo el tiempo; el doctor Mendez desde Madrid escribió una carta en contestacion al último parte recibido del pueblo.

«Es inútil,—decía,—mantener por mas tiempo al enfermo en estado de debilidad, puede permitírsele que coma todo cuanto quiera, á ver si, restableciendo las fuerzas, sufre una reaccion su cerebro y vuelve á renacer en él la preciosa luz de la inteligencia.»

Desde este dia puede decirse que el doctor Samuel fué dado de alta.

El cirujano don Prudencio no tuvo inconveniente en autorizar á Teresa para que su amo comiera lo mismo que antes de recibir la herida.

Durante ocho dias estudió don Prudencio los resultados de este nuevo plan.

El doctor Samuel recuperaba visiblemente las fuerzas, pero su inteligencia permanecía muerta.

—Este es un negocio perdido,—le dijo á Daniel:—la ciencia ha pronunciado su última palabra, y si algo ha de venir favorable, tendrá que hacerlo la naturaleza.

—¿Y qué podrá hacer la naturaleza,—preguntó Daniel,—en un hombre próximo á cumplir los sesenta años?

Don Prudencio se encogió de hombros y añadió:

—Hijo mio, esa cuestion está en el porvenir, y yo nada puedo contestarte terminantemente.

Daniel, por su parte, procuraba tambien en vano reanimar la apagada razon del doctor Samuel.

Perdidas, por fin, las esperanzas, creyó que habia llegado la hora de abandonar el pueblo y cumplir las últimas disposiciones de su difunta madre.

Sentia profundamente separarse de aquel buen anciano, pero no dejaba de conocer al mismo tiempo que de poco ó nada podia servirle su permanencia en el pueblo.

Por otra parte, se decia:

—Si las esperanzas de mi buena madre se realizan, si alguno de esos señores, á quienes no conozco, se declarara mi protector, si algun dia llegara á conseguir una fortuna en Madrid, aunque fuese modesta, yo entonces vendria por el pobre anciano á quien tanto quiero, para que terminara sus dias á mi lado.

Por fin Daniel se decidió á abandonar el pueblo, y reuniendo en la misma habitacion donde habia muerto su madre, á Mónica y Tomás, les habló de esta manera:

—Amigos míos, ha llegado la hora de que nos separemos.

Este principio arrancó un grito á Mónica y una esclamacion á Tomás.

—Os ruego que no os sobresalteis: la enfermedad del doctor Samuel me ha detenido en el pueblo mas tiempo del que yo creia, tengo que marcharme á Madrid, es preciso que se cumplan las últimas disposiciones de mi buena madre.

—¿Pero qué va usted á hacer en Madrid, señorito,

en un pueblo tan grande, y usted que no conoce á nadie?—dijo Mónica juntando las manos con ademán suplicante.

—Ya te lo he dicho, querida Mónica, voy á cumplir un encargo que me hizo mi madre, y creo que tú, que tanto la querias y respetabas, no tratarás ahora de aconsejarme que desobedezca sus órdenes.

—¡Oh! líbreme Dios de semejante cosa,—contestó la anciana,—pero me da miedo que se marche usted á Madrid, porque he oido decir que allí es donde se reune toda la gente mala de España.

—Sí, sí, Mónica dice bien, tiene razon que le sobra,—añadió Tomás,—el señorito es demasiado bueno para ir á Madrid.

—Yo os agradezco con toda mi alma el interés que me demostrais por tenerme á vuestro lado, pero estoy firmemente resuelto á abandonar el pueblo, mi madre me lo mandó, le dí mi palabra y no quiero faltarle á ella.

—En fin, sea lo que Dios quiera y lo que usted disponga,—dijo Mónica llevándose el extremo del delantal á los ojos,—nosotros sentimos que usted se separe de nuestro lado, pero nuestra obligacion se reduce á obedecer y callar.

Daniel agradecia en el fondo de su alma el interés que le demostraban aquellos leales servidores, pero creyó prudente no prolongar aquella discusion, en la que podia salir muy mal parada su sensibilidad.

—Resuelto mi viaje,—añadió,—es preciso que tú,

mi querida Mónica, arregles mi maleta, colocando en ella la mejor ropa que tengo.

—Está bien, señorito, está bien, pondré la media docena de camisas mejores, una docena de pañuelos...

—Sí, sí, pon lo que quieras,—añadió Daniel interrumpiéndola,—y tú, mi buen Tomás, tendrás prevenido el caballo de la noria para que me lleve hasta Guadalajara.

—¿Por supuesto que iré yo á acompañar al señorito?

—No, no, tú eres demasiado viejo, Tomás, de aquí á Guadalajara hay cerca de dos leguas y te fatigarias mucho.

—Sin embargo, yo tendria un gran placer...

—Te he dicho que no, me buscarás á un jóven que me acompañe y que se traiga luego el caballo.

—¿Y cuándo piensa marcharse el señorito?—preguntó Mónica.

—Mañana, en el primer tren.

—Entonces será preciso salir del pueblo antes de amanecer.

—Sí, saldremos muy temprano.

Daniel dió por terminada la escena, y saliendo de su casa, se dirigió á la del doctor Samuel, en donde esperaba encontrar á don Prudencio el cirujano.

Al dia siguiente, á esa hora en que la luz del alba indecisa comienza á disipar las sombras de la noche, junto á la cruz de piedra que se halla á la salida del

pueblo, en el camino que conduce á Guadalajara, un hombre con el traje de campesino se hallaba parado y tenia un caballejo de pobre y miserable catadura cogido de las bridas.

— Cerca de este hombre, Daniel y don Prudencio el cirujano, se estrechaban las manos en señal de despedida.

— Por fin ha llegado la hora, mi querido don Prudencio,— dijo Daniel.

— Sí, ya lo veo, pero haces bien en partir, los buenos hijos cumplen siempre al pié de la letra las órdenes de sus padres.

— ¿Qué va á ser de mí en Madrid?

— ¡Diantre! lo que fué de otros muchos que se hallaron en igual caso que el tuyo. Madrid es el gran hospital, la jaula de oro, en donde gimen unas criaturas mientras otras rien á carcajada tendida; si tú, al poner el pié en la moderna Babilonia, tropiezas con la fortuna, el porvenir es tuyo; pero si, por el contrario, das de manos á boca con la desgracia, la vida, querido Daniel, no es otra cosa que una cadena, y roto el primer eslabon, el hombre se va á fondo.

Y el cirujano, despues de terminar aquel párrafo filosófico en que demostraba, si no la elocuencia de Demóstenes, por lo menos algun conocimiento del mundo, respiró con fuerza para ensanchar sus pulmones, y repuso:

— Venga un abrazo y que Dios te dé suerte, y no olvides nunca que aquí en el pueblo se quedan personas que te quieren y que desean tu prosperidad y tu dicha.

Daniel y el cirujano se abrazaron, luego el huérfano se encaramó con ligereza sobre el jaco, y quitándose el sombrero, dijo con una entonacion que se esforzaba por parecer alegre:

—La prosperidad ó la desgracia no me harán nunca olvidar este modesto pueblo, en donde horas tan felices he pasado; adios, señor don Prudencio, adios, y le recomiendo á usted con toda mi alma al pobre y desgraciado don Samuel.

El huérfano hizo girar á su caballo en direccion á Guadalajara y partió seguido del campesino.

El cirujano, de pié junto á la cruz, permaneció algunos momentos siguiéndole con la mirada.

Cuando Daniel se perdió en un recodo que formaba el camino, murmuró estas palabras en voz baja:

—¡Pobre muchacho! Se dirige á Madrid lleno de ilusiones, ¡quién sabe si volverá al pueblo cargado de desengaños!

---

—El dios y el dios se aborrecen, luego el dios se aborreció con ligereza sobre el dios, y quitándose el sombrero, dijo con una entonación que se esforzaba por parecer alegre:

—La prosperidad ó la desgracia no me harán nunca dividir este modesto pueblo, en donde he sido tan feliz de pasar; como señor don Fernando, adios y la reco-miendo á usted con toda mi alma al padre y desgraciado don Manuel.

El dios hizo girar á su caballo en dirección á Guadalupe y partió seguido del campesino. El dios, al pie junto á la cruz, permaneció al-gunos momentos señalando con la mirada:

—Cuando Manuel se volvió en un recodo del camino al estar mirando estas palabras en voz alta: al dios. —¡Pobre muchacho! Se dirige á Madrid lleno de ilusión; ¡quién sabe si volverá al pueblo cuando de desgracias!

[Faint, illegible text continues in the lower half of the page, appearing as bleed-through or very light print.]

LIBRO CUARTO.

---

La llegada del huérfano.

---

LIBRO CUARTO.

La legada del huérfano.

## CAPÍTULO PRIMERO.

## Donde Clotilde continúa sus peticiones.

¿Qué había sucedido en Madrid mientras tanto? Como nuestros lectores tienen el derecho de saberlo, vamos á referírselo.

Clotilde había logrado por fin, á fuerza de halagos y súplicas, que su madre abandonara el destierro de Chamarín.

Entre el general y la marquesa se habían convenido, para firmar las paces, ciertas bases. Lostan deseaba vivamente que terminara la tirantez establecida entre él y su esposa, y accedió á todas las condiciones impuestas por la marquesa.

De estas condiciones nada podemos decir por ahora á nuestros lectores, porque no es conveniente que lo sepan todo de una vez; sin embargo, les aseguramos que cuando terminen de leer la narracion de la presente historia, lo sabrán todo.

La marquesa del Radio se trasladó por fin á su elegante casa de Madrid. Esto fué un verdadero acontecimiento, porque ya picaba en historia la larga é inesplicable separacion del general y la marquesa.

Doña Beatriz Espinel, á pesar de su carácter grave, cambiaba por completo la marcha de la casa.

Clotilde estaba loca de contento: durante la ausencia de su madre parecia como si todos sus amigos se complacieran en dirigirle preguntas á las que ella respondia siempre con palabras ambiguas. Era, por decirlo así, la única mortificacion de su vida.

—Ahora,—le dijo á su aya apenas se instaló su madre en la casa,—ya no tendré que contestar á las impertinentes preguntas de los ociosos, pues, gracias á Dios, la marquesa vive con nosotros.

Cuando se tiene una hija jóven y hermosa, cuando se posee además una gran fortuna y se ocupa en el mundo una elevada posicion, la sociedad impone deberes que es preciso cumplir, so pena de que la maledicencia y la murmuracion traten al que á ellos falta, de ridículo, de escéntrico, de misántropo y de otras mil cosas que callo por sabidas.

El general hizo cundir entre sus numerosos amigos que, restablecida del todo la marquesa, volvia á renacer en la familia la alegría, la animacion que durante su ausencia y su enfermedad se habian disipado en parte, y que estaba resuelto á abrir sus salones para recibir en ellos á sus amigos todos los viernes.

En Madrid, como en todas las grandes capitales, la gente de frac negro y corbata blanca se halla siempre dispuesta á divertirse.

Cuando la pesada cruz del trabajo y de la necesidad no cae sobre los hombres, cuando se tiene seguro el por-

venir, cuando se ha heredado una fortuna sin que cueste ni una sola gota de sudor, ¿qué deben hacer estas criaturas felices sino divertirse?

La sociedad se compone de dos grandes familias: los elegidos y los desheredados. Para los primeros, la vida no es otra cosa que un canto de ventura y bienandanza, una música armoniosa que todo lo embellece; para los segundos, la existencia es un gemido prolongado, una lágrima continua, un dolor infinito.

«¡Qué distancia tan inmensa entre el hombre que dice: ¡qué haré yo hoy para divertirme!» y entre el hombre que murmura: «¡dónde me ganaré yo hoy el pan de mi familia!» Estas dos exclamaciones brotan de dos pechos hermanos, y sin embargo, ¿qué distancia no les separa?

El mundo no es otra cosa que una línea que divide á la sociedad que llora, de la sociedad que ríe.

Dichoso el rico que enjuga de vez en cuando la lágrima del pobre.

Sin embargo, Dios, ese eterno é invisible regulador, ha decretado en sus misteriosos fallos, que la riqueza no sea la felicidad, sino un medio para conseguirla, y el hombre, ese eterno ambicioso, ese réprobo soberbio por cuyas venas circulan algunas gotas de la sangre de Cain, devorado por el insaciable deseo, pocas veces logra sentarse en el modesto trono de la felicidad.

Desgraciadamente, el mal no tiene remedio, la humanidad sigue su marcha conmovida, y empujada por las ideas y el bello ideal soñado por los grandes filósofos, se empeña en alejarse mas y mas de la tierra de los hombres.

La marquesa del Radio era una de esas mujeres que no abdicaba nunca su dignidad, su altivez, su orgullo de raza.

Si doña Beatriz hubiera nacido en la edad media, hubiera indudablemente sido el tipo de la perfecta rica hembra.

Bien es verdad que el grave continente, el adusto ceño de la marquesa tenia por base una causa poderosa.

Los criados la servian con una exactitud sin ejemplo, no les perdonaba ni la mas leve falta, pero en cambio aprovechaba todas las ocasiones para hacerles bien.

Desde el momento que doña Beatriz habia vuelto á poner los piés en la casa de Madrid, todo habia cambiado de aspecto.

El general, mas descuidado, menos amigo de la etiqueta, no tenia las exigencias de su esposa, en una palabra, los resabios de la vida de campamento y la costumbre de verse servido por asistentes, hacia que se fijara poco en si la corbata blanca de sus criados estaba mas ó menos limpia.

Penetremos ahora en el gabinete de la marquesa del Radio.

Doña Beatriz se hallaba sentada delante de un elegante pupitre escribiendo: era una carta en contestacion á otra dirigida por una asociacion de señoras, en que le proponian nombrarla Presidenta.

La marquesa admitia el honroso y humanitario cargo de Presidenta de las *Amigas del hogar*.

La hermosa cabeza de Clotilde se asomó entre los

ondulantes pliegues del portier de terciopelo, y viendo á su madre tan embebida en la escritura, hizo un movimiento con la fisonomía para espresar la inoportunidad de su visita, y despues de un instante de vacilacion dijo con una voz que por lo dulce y cariñosa parecia la de un ángel.

—Madre mia, si está usted ocupada, volveré luego.

—¡Ah! eres tú, Clotilde, entra, concluyo pronto.

La jóven avanzó algunos pasos y esperó.

La marquesa terminó la carta, la puso en un sobre, y luego tiró del llamador de la campanilla.

Inmediatamente se presentó un criado en la puerta de la habitacion.

—Que lleven al momento esta carta á la señora baronesa de Aguilar,—dijo doña Beatriz.

El criado hizo un saludo respetuoso, retirándose al instante.

—Ven, siéntate aquí, á mi lado,—dijo la marquesa conduciendo á Clotilde hasta un divan;—vienes á darme los buenos dias ¿es verdad? ya me iba á mí estrañando tu tardanza.

—Hoy he sido un poco perezosa, madre mia, apenas abandoné el lecho, me puse á estudiar al órgano, porque ya sabe usted que preparamos una sorpresa á los amigos que concurren el viernes á nuestros salones.

—Pero ¿estais decididamente resueltos á tocar el terceto?

—¡Quién lo duda!—dijo,—si usted no se opondrá.

—¡Oponerme! libreme Dios de semejante inconveniencia.

—El duque de San Plácido es un gran profesor de violín.

—Sí, sí, ya me han dicho que ese jóven cuya nobleza data del tiempo de las Cruzadas, se ocupa mas del arte que de sus pergaminos,—repuso la marquesa con cierto desden.

—Y en cuanto á Blanca, ¡oh! Blanca es una gran profesora de piano.

—Pero ¿cómo has hecho relaciones con esa jóven humilde?

—¡Ah, madre mia! la casualidad condujo á su madre y á su hermano Julio á esta casa, yo me convertí en su protectora y logré del general le consiguiera un destino al hermano de Blanca y, llenos de gratitud, vinieron á darme las gracias. Entonces supe que Blanca tocaba el piano, que habian gozado en otro tiempo de una buena posicion, y al verla jóven, hermosa y buena, no pude menos de quererla.

—No es prudente, hija mia, conceder la amistad á todo el mundo.

—¡Ah! ¡por Dios, señora! Blanca es un ángel, y tengo la seguridad de que cuando usted la conozca como yo, la amará con ternura. Resignada, modesta y humilde al descender de la elevada posicion que habia ocupado, sufrió los duros golpes del infortunio con la sonrisa de la resignacion en los labios: ella habia visto desaparecer uno por uno todos los objetos queridos de su casa, y sus delicados piés, acostumbrados á pisar sobre mullidas alfombras, no protestaron contra el duro y frio pavimento

del sotabanco á donde la habia conducido la desgracia. Un hermoso piano construido por Steinway, regalo que le habia hecho su padre en la época de la prosperidad y que era para la pobre Blanca el amigo predilecto de su alma, fué el último objeto de lujo que se vendió; desde entonces se vió privada de buscar en la música un consuelo para su triste corazon, y no podré pintarle á usted la alegría que esperimentó Blanca la primera tarde que en mi gabinete la hice sentar junto al piano, y tocó despues de mucho tiempo la célebre *marcha turca* de Mozart. La emocion y la falta de práctica tenian al principio un poco torpes sus dedos, pero pronto el genio de la música descendió sobre aquella frente sin mancha, y yo no pude menos de demostrarle mi entusiasmo por el gusto, por el sentimiento, por la limpieza con que espresaba la composicion del célebre maestro aleman.

—¿Segun eso, Blanca es un prodigio, es un verdadero genio musical?

—Y hasta tal punto, madre mia, que tengo la completa seguridad de que el viernes llamará la atencion.

—¿La has convidado á nuestra reunion?

—Pienso convidarla si usted no se opone.

—Bien, que venga.

—Tenemos además proyectada otra cosa.

—¿Y qué es ello?

—El duque de San Plácido, Blanca y yo estamos ensayando un terceto para tocarle el viernes, si usted nos autoriza para ello.

—No quiero oponerme á una peticion tan inocente.

—Es que nosotros, que reconocemos en usted un gran gusto musical, queremos pedirle otro favor.

—¡Ah! veo que hoy es día de peticiones.

—Una hija no concluye nunca de pedirle á su madre, ¿á quién sino á aquella que le debe el sér puede pedirle con mas confianza?

—Dices bien, Clotilde,—añadió la marquesa, á quien las últimas palabras de su hija habian conmovido:—¿qué es lo que quereis?

—Queremos que oiga usted uno de nuestros ensayos.

—¡Ah! eso quiere decir que me nombrais juez en vuestro certámen musical.

—¿Y á quién mejor? Puesto que usted, además de ser mi madre y estar interesada en que salga con todo lucimiento en mi empresa, fué en otro tiempo una gran profesora y entretuvo algunos ratos de ocio escribiendo música.

—Sí, dices bien, en otro tiempo, pero hoy mis dedos, que han perdido la costumbre de recorrer el teclado de un piano, tal vez no podrian ejecutar un mal vals.

—Á pesar de todo, cuanto usted diga por desacreditarse, nosotros necesitamos que usted nos oiga y dé su voto.

—Bien. ¿Y cuándo pensais ensayar?

—Esta tarde á las tres. El duque de San Plácido ha enviado esta mañana un criado con un antiguo y precioso violin, construido por Stradivarius, y ha dicho que á las tres sin falta vendria á ensayar. Inmediatamente he escrito una carta á Blanca avisándole para que estuviera puntual á esa hora.

—Bien, no se hable mas del asunto, yo tambien acudiré con exactitud á la cita y os prometo ser un juez inflexible y riguroso.

—No deseamos otra cosa; pero no, me engaño, yo quiero algo mas, quiero un beso y despuesirme á estudiar la parte que me está confiada.

Y Clotilde, dando un ruidoso beso en la frente de su madre, salió precipitadamente del gabinete, diciendo:

—Hasta luego, señora marquesa.

## CAPÍTULO II.

## En el café.

El mismo día que tuvieron lugar los acontecimientos que acabamos de referir, dos jóvenes, ambos vestidos de luto, se encontraron frente á frente en una de las aceras de la carrera de San Gerónimo, y deteniéndose á un mismo tiempo y mirándose con marcadas muestras de curiosidad y de asombro, exclamaron á la vez:

—¡Daniel!

—¡Julio!

Después de pronunciados estos dos nombres, se abrazaron con la efusión de dos buenos amigos que se ven después de largo tiempo.

—¡Tú en Madrid!—preguntó Julio separándose de los brazos de su amigo.

—Sí, desde ayer mañana.

—¿Por quién llevas luto?

—¡Ah! He tenido la mayor de las pérdidas: se ha muerto mi madre,—contestó Daniel con triste entonación.

Y luego, cambiando de tono, añadió:

CAP.

# RABULAS DE USOPO

DE LOS REYES CATOLICOS DON ALFONSO...

Y DONA ISABEL SU ESPOSA REINA DE CASTILLA...

Y DON PEDRO SU HIJO REY DE CASTILLA...

Y DON ALFONSO SU HIJO REY DE CASTILLA...

POB. EDUARDO DE MIER.

BASES DE CARTEL DE MIER.

Las Rabulas de Uso de los Reyes Catolicos...  
son de las que se usan en el Reino de Castilla...  
y en las otras partes de España...  
y en las Indias...  
y en las Islas...  
y en las Ciudades...  
y en las Villas...  
y en las Aldeas...  
y en las Lugares...  
y en las Parroquias...  
y en las Ermitas...  
y en las Capellanías...  
y en las Beneficencias...  
y en las Curias...  
y en las Arcas...  
y en las Cajas...  
y en los Arzobispados...  
y en los Obispos...  
y en los Abades...  
y en los Prioros...  
y en los Condes...  
y en los Marqueses...  
y en los Duques...  
y en los Príncipes...  
y en los Señores...  
y en los Caballeros...  
y en los Escuderos...  
y en los Alcaides...  
y en los Alcaldes...  
y en los Regidores...  
y en los Jurados...  
y en los Regentes...  
y en los Procuradores...  
y en los Defensores...  
y en los Fiscales...  
y en los Escribanos...  
y en los Notarios...  
y en los Publicanos...  
y en los Alcaides...  
y en los Alcaldes...  
y en los Regidores...  
y en los Jurados...  
y en los Regentes...  
y en los Procuradores...  
y en los Defensores...  
y en los Fiscales...  
y en los Escribanos...  
y en los Notarios...  
y en los Publicanos...

IMPRESION EN LA TIPOGRAFIA DE...

# LA CARCALADA.

(HISTORIA DE UN BUEN NIÑO)

Novela de costumbres.

de...

ERNESTO GARCÍA CALDERÓN.

Algunas ilustraciones de este libro se encuentran en el...

EL BUSTO DE...

A UN CUARTILLO DE PAGO EN ORO.

IMPRESION EN LA TIPOGRAFIA DE...

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS  
**FÁBULAS DE ESOPPO,**

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico  
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

**POR EDUARDO DE MIER.**

**BASES DE LA PUBLICACION.**

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que cesen de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas más conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de **UN REAL** en toda España.

**PRÓXIMA A PUBLICARSE.**

**LA CARCAJADA.**

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

**ERNESTO GARCIA LADEVESE.**

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

**D. EUSEBIO PLANAS.**

**À UN CUARTILLO de real la entrega.**

Imp. de Ramirez y C.<sup>ta</sup>